

mito del fénix es ante todo una «fábula poética» y luego una «ficción moral». Por tanto, concluye perentoriamente que «autorizar que hay fénix con decir que se lee en la Sagrada Escritura no tiene fundamento en el texto ni en la Vulgata ni en los Setenta»⁴⁶.

Admitido esto, el lector espera que Quevedo deje el legendario mito para volver a su comentario bíblico. Pero nada de esto sucede: la verdadera descripción del ave fénix, larguísima además, va a comenzar solamente ahora. Con un refinado juego de palabras («No he de ser yo muerte de quien la muerte es vida. ¿Quién no perdonará a quien perdona al fuego?») ⁴⁷, Quevedo da media vuelta para celebrar el hermoso mito del «finis corruptionis et principium generationis» de por sí, fuera del ámbito teológico. La existencia, aunque mítica, de un ser que sea a la vez su propia cuna y sepultura, no en el sentido en que lo es el hombre mortal ⁴⁸, sino como símbolo de la vida eternamente renaciente, no deja de estimular su fantasía poética y lo fascina a tal punto que le dedica una de sus páginas más intensas: «Digo que hay esta ave, que siendo linaje de sí propia, renace y vuela con todos sus antepasados, después que nace del vientre de la ceniza que se engendró de la llama, cuya voracidad hace fecunda; en quien la muerte hace oficio de padre, y el sepulcro de cuna; que deja de ser la que es para ser la que fue, y que ya es otra para ser la misma; que compite a las estrellas la hermosura y la duración; que el sol hace el gasto a su alimento, de su resplandor más puro; que la aurora suda para que beba; que digiere tesoros su estómago; que en sus alas vuelan sin peso el oro y la plata; que su pico está cruento con el rubí; que gasta en su vestido todas las joyas del Oriente; que cuando, después de haber vivido hermoso protocolo de muchas edades, cansada de repetir siglos, y deseosa por linda de repetirse a sí, junte todos los olores y aromas de Pancaya y sabeos; y perfumando los aires, vuela con ellos; y componiéndolos en su nido, la sirvan de mortaja y mantillas; que sobre estos haces funestos y natales, con las alas batiéndolas forme clamor, y con la voz ya agonizante pida al sol disposición para que recién nacida gorgjee; que el sol, desclavándose del rostro (aunque haga falta al día) el rayo más puro, le envíe a encender los perfumes que han de ser hoguera; que viéndola arder la naturaleza, se congoje medrosa de perder su maravilla; que sea el defunto comadre de sí mismo y el entierro parto; que abolorio continuado desde el principio del mundo, sea sucesor de su descendiente; que confundidas la vida con la muerte en tan breve

⁴⁶ VAN DEN BROEK, *op. cit.*, pág. 4. Se trata de PATRICIUS JUNIUS: *Clementis ad Corinthios epistula prior*, Oxonii, 1633.

⁴⁷ B, pág. 1374b.

⁴⁸ Véase *La cuna y la sepultura*, *op. cit.*, *passim*.

confín, no diferencia, ni la una lo que acaba, ni la otra lo que empieza que empiece a ser otra la que no ha dejado de ser la misma. Todos la dan esto; nadie la da más a esta ave, que oída se propone enigma y viva se muestra tropelía»⁴⁹.

Este pasaje, escrito con tanto entusiasmo, no es solamente una paráfrasis del *De ave phoenice*, de Lactancio⁵⁰, sino que responde a una constante preocupación de nuestro autor. Es ésta la angustia de ser hombre mortal, nacido para la muerte («Empieza, pues, hombre [...] y ten de tí tan firmemente tales opiniones: que naciste para morir y que *vives muriendo*») ⁵¹, angustia que se percibe ya en las obras ascéticas y religiosas, ya en las sátiras más agresivas, cada vez que Quevedo representa al mundo como circuito de consunción. De este modo el fénix, símbolo de la verdadera regeneración, viene a contraponerse en primer lugar a ese círculo vicioso, donde cada regeneración (piénsese en el *recycling* de los tejidos, tan degradante, y alegoría del género humano) es siempre una degeneración. A Satanás que traga y vomita los cuerpos se opone este milagro de la vida eternamente renaciente.

Pero al círculo de la materia que se consume a sí misma Quevedo le opone también la palabra «viva», eficaz o poética. Hemos visto como el «vivir muriendo», que es nuestra mísera condición, se convierte en un «morir viviendo», cada vez que la palabra, materia espiritualizada, resucita al espíritu del lector o del oyente. Esa palabra sale del círculo material, siendo veneno y antídoto al mismo tiempo. Un lenguaje que nos hable de la miseria del mundo y que se conciba a la vez como lenguaje—con aquel desdoblamiento irónico o reflexivo que hemos dicho—es como sustancia que casi contemporáneamente muera y renazca. Podemos preguntarnos, ahora, si Quevedo en la fábula del ave fénix, que al «vivir muriendo» de la naturaleza opone su resurrección, no viera, finalmente, también una alegoría del lenguaje.

Sin embargo, la fábula poética del fénix tiene otro fundamento que los cuentos del *Buscón*. El último Quevedo, que ya no tiene la misma concepción irónica del lenguaje, no gastaría tanto tiempo para ilustrar una fábula poética que no fuera más que ingenio y agudeza. El insiste, pues, en que el fénix del libro de Job no sea mera ficción, y no oculta su propósito de «sacarlo de fábula poética para hacerlo historia sagrada»⁵². Por otro lado trata de no forzar el sentido del texto de la Vul-

⁴⁹ B, págs. 1374b-1375a.

⁵⁰ Las fuentes son varias, CLAUDIANO y el PSEUDO-LACTANCIO. El mito aparece con suma frecuencia en la época (LOPE DE VEGA, TASSO, CALDERÓN). Compárese esta definición sintética de CALDERÓN: «Fénix de su misma fama, / imitando al que en el fuego / ave, llama, ascua y gusano, / urna, pira, voz e incendio, / nace, vive, dura y muere, / hijo y padre de sí mesmo» (*El médico de su honra*, primera jornada, 177-82).

⁵¹ B, pág. 1195b.

⁵² B, pág. 1375a.

gata, ya que éste ignora el fénix. ¿Cómo logra, pues, Quevedo reducir la fábula a su justo valor? Diciendo que el mito traduce en palabras la milagrosa resurrección de Job y, con eso, el dogma cristiano de la resurrección de la carne. «La maravilla es renacer de un muladar o estercolero; y de llagas y hediondez, pudrición y gusanos, enjorar su renovación y ser otro y el mismo. Esta es *habilidad de la gracia, no de la naturaleza*; toca a los santos, no a las aves»⁵³.

Lo que comprueba e incluso garantiza la verdad de la poética leyenda es la misma realidad histórica y teológica de Job, atestiguada por la Escritura. Quevedo llega a decir que Job es el «original» y el fénix la «copia». Primero hubo el milagro de Job, quien fue resucitado de la más grande miseria, y después el mito del fénix, antes *alegoría* de la resurrección que fábula. He aquí cómo Quevedo consigue restituirle al ave milagrosa su verdad y existencia: «Supongo que no hay fénix, y que es ficción moral; pretendo lograrla mejor negada que creída. Esto supuesto, digo que los que primero la dieron este nombre, estudiando su composición en los sucesos de Job, a él mismo le pusieron aquel nombre y le vistieron (para disfraz, que no le desconoce) las propiedades y la riqueza de las plumas; y que *Job es el fénix* y quien dio motivo a su composición [...]»⁵⁴.

La fábula, esa maravillosa invención, de no estar prefigurada en la escritura, no tendría sentido, y las palabras que la componen, de no referirse a Job, no serían más que *flatus vocis*, algo material y totalmente inconsistente. Para alcanzar su virtud espiritual y su eficacia, el lenguaje del último Quevedo necesita un sólido fundamento, la preexistencia de una verdad absoluta. «Job fue el fundamento *que hubo de verdad* para fabricar los prodigios del fénix»⁵⁵.

El lenguaje que estamos examinando se reduce, pues, a «copia», y se comprende que lo que tiene aquí la prioridad es el «original». Hablar del fénix se puede solamente porque el fénix tiene aquel noble significado alegórico. Así, los prodigios retóricos del lenguaje se fundan en una realidad metafísica y absoluta, fuera del texto. Nada de esto sucedía en el *Buscón*, que si su lenguaje era «espiritual» no lo era por sus significados o por referirse a verdad. Aquí, el lenguaje es un espléndido adorno, retóricamente elaborado, que viste el dogma cristiano con las plumas de la fama. Allí, el lenguaje era y no era capa de pobre, era archipobre y riquísimo, protomiserable e inmaterial. Lo que lo salvaba del peligro de ser tan inconsciente como capa de pobre era la consciencia de ser a

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ B, pág. 1375b.

la vez signo de un significado y otra cosa, era aquel desdoblamiento que llamamos ironía. Si, pues, en el *Buscón* la actitud irónica del poeta sustraía el lenguaje a la oposición verdad-mentira para restituirle toda su ingeniosa ambivalencia y su doble vivacidad, aquí vemos actuar a un Quevedo que, ya menos atrevido en cuestiones literarias, parece haber vuelto a una concepción del lenguaje más ortodoxa y más tradicional.

GEORGES GÜNTERT

Universidad de Zurich, octubre 1978
Bergstrasse 16
8044 ZURICH (Suiza)